

EDICIONES SELECTAS

AMERICA

CUADERNOS
MENSUALES

DE LETRAS
Y CIENCIAS

ALMAFUERTE



EVANGÉLICAS

(DESCONOCIDAS E INÉDITAS)



DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
MORENO 1167
Buenos Aires
1921

2 PAL 20/1

EDICIONES SELEKTAS
AMERICA

CUADERNOS PUBLICADOS

Año I **Tomo I**

Amado Nervo	Florilegio III Edición
José Ingenieros	La moral de Ulises III Ed.
* Almafuerte	Espigas II Edición
* Julio Herrera y Reissig	Opalos II Edición
* Martín Gil	Cielo y Tierra
* Ernesto Mario Barreda	Canciones para los niños
* Eduardo Talero	Amado Nervo
Alberto Gerchunoff ...	Cuentos de ayer
* Leopoldo Lugones	Rubén Darío
Florentino Ameghino .	Los cuatro infinitos
Rafael Alberto Arrieta	Selección lírica
Vicente A. Salaverry ..	La visión optimista

Año II **Tomo II**

* Fernández Moreno ...	Versos de Negrita
Joaquín V. González ..	Música y danzas nativas
* Rubén Darío	Poemas II Edición
Arturo Capdevila	La pena monstruosa
* José Enrique Rodó ...	Joyeles
Arturo Cancela	Cacambo II Edición
Armando Donoso	Un hombre libre
* Ricardo Rojas	Canciones
* Roberto J. Payró	Historias de Pago Chico
* Amado Nervo	Pensando.
* Alfonsina Storni	Poesías
* Edmundo Guibourg ...	Evocaciones

Año II **Tomo III**

Horacio Quiroga	Los Perseguidos
Enrique Banchs	Lecturas
* Mario Bravo	Canciones de la soledad
* Roberto Gache	Del vestido y del desnudo II E.
Carlos Vaz Ferreira

LIBROS DE POESÍA PUBLICADOS
POR LAS EDICIONES SELECTAS

“AMÉRICA”

A LA DERIVA. — Canciones de
los puertos, de las tierras y de
los mares, por HÉCTOR PEDRO
BLOMBERG. \$ 2 50

LA FLAUTA DE CAÑA.— Versos
por LUIS L. FRANCO » 2.—

==== EN PRENSA ====

NUEVAS POESÍAS, por RAFAEL
ALBERTO ARRIETA \$ 2.—

PRÓXIMAMENTE:

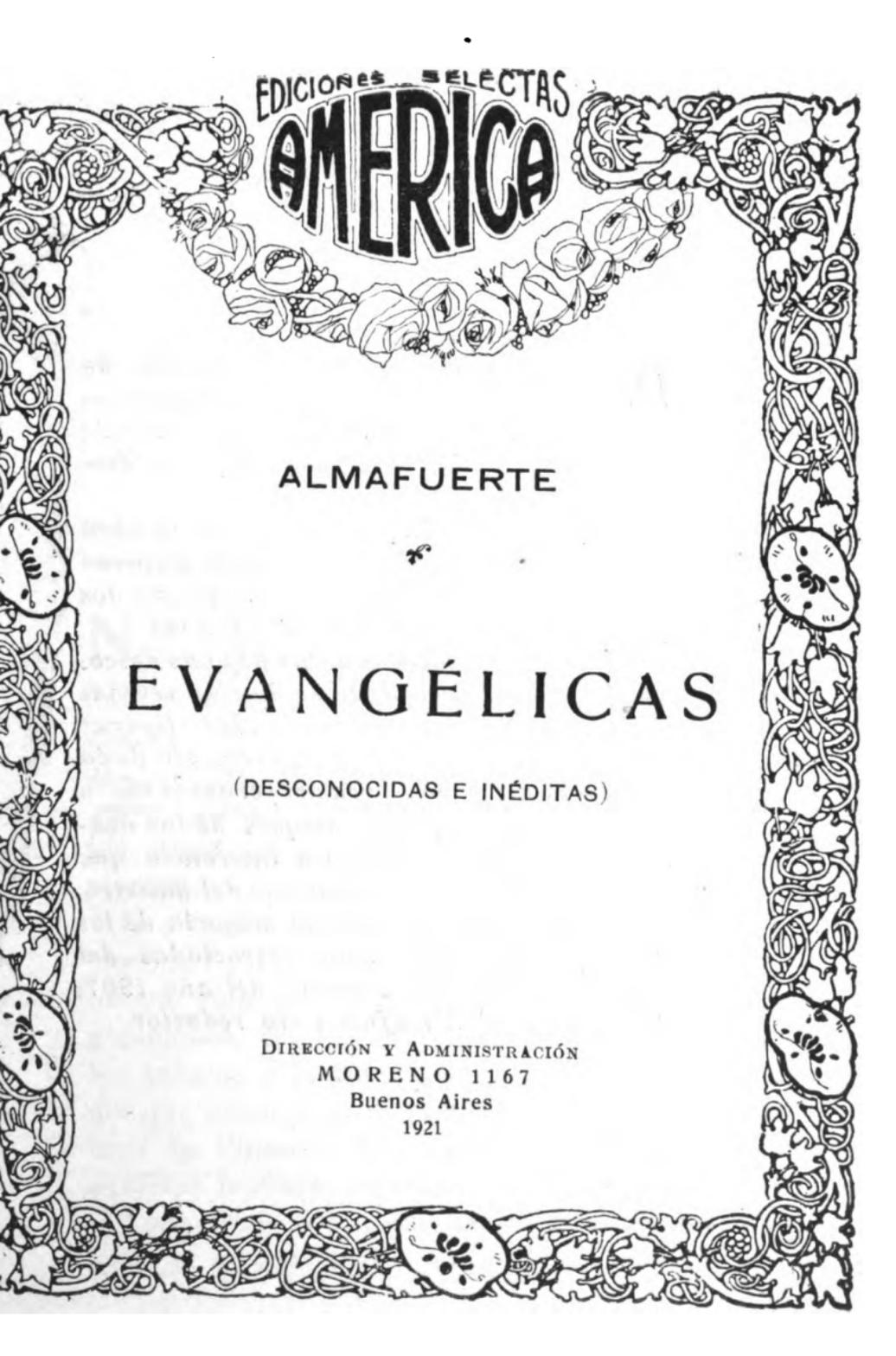
ELEGÍAS Y PAISAJES,
por Arturo Marasso Rocca.

MÁS ALLÁ DE LAS LÁGRIMAS,
por Tomás Allende Iragorri.

Después de la larga interrupción impuesta por diversas circunstancias, no gratas de contar, volvemos a reiniciar la publicación mensual de nuestros cuadernos.

Esperamos que el público inteligente que los ha favorecido hasta ahora con su constante distinción entre las publicaciones similares, seguirá mostrando por los cuadernos próximos el mismo interés; pues, nosotros agujoneados, precisamente por los contratiempos sufridos, haremos lo posible por mejorar en todo sentido nuestra empresa hasta llevarla a la perfección.

Trataremos que en adelante todos los cuadernos, libros y revistas de nuestra editorial sean realmente escogidos; y a muchas firmas de escritores que todavía no figuran en la colección agregaremos nuevos cuadernos de José Ingenieros, Martín Gil, Ricardo Rojas, Leopoldo Lugones y otros escritores.



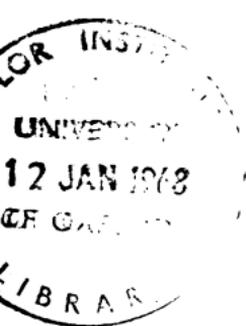
EDICIONES SELECTAS
AMERICA

ALMAFUERTE

EVANGÉLICAS

(DESCONOCIDAS E INÉDITAS)

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
MORENO 1167
Buenos Aires
1921



Nuevamente editamos una colección de prosas de *Almafuerte*; prosas que como aquellas de la vez anterior (Tomo I, N.º 3) pueden ser consideradas inéditas por lo desconocidas.

A pesar del tiempo trascurrido, la obra de *Almafuerte*, en gran parte, sigue dispersa en diarios y revistas ignorada hasta por los que se apresuraron a dedicarle libros...

Sin embargo muchas de las páginas desconocidas que se encuentran en diarios, revistas y en manos de parientes, pueden figurar entre las mejores del poeta y serán sin duda las que con varios poemas perdurarán, a pesar de los constantes ataques de los academicoides y de una crítica interesada que ha dado en silenciar la memoria del maestro.

El Discurso, así como la mayoría de las "Evangélicas," han sido extractadas del diario platense "El Pueblo" del año 1907; diario del cual *Almafuerte* era redactor.

DISCURSO

Pronunciado por Almafuerte en La Plata
el 7 de Abril de 1907. en el banquete que
le ofrecieron los italianos de esa ciudad.

Señores:

NINGUNO es grande si los demás así no lo decretan. Nada habría despreciable si no hubiese alguno que lo menospreciara; y una piocha de diamantes no valdría menos, algunas veces, que un ramillete de rosas si no hubiese alguien, algunas veces, que amara mucho más a los ramilletes de rosas que a las piochas de diamantes.

Los hombres no tienen ni mayor ni menor precio que aquel que se ofrece por ellos; y es cualquiera vida una larga fábula llena de las imaginaciones, de los prejuicios, las idiosincrasias, los anhelos y la personalidad moral e intelectual del que narra aquella fábula: dentro de los hombres de Plutarco, hay más de Plutarco que de aquellos hombres mismos.

Todo ente social, desde el más encumbrado hasta el más modesto, desde el más preclaro has-

ta el más anónimo y desde el más complicado hasta el más simple, es un conglomerado providencial de voluntades ajenas, la humanificación de cien diversos juicios centrípetos venidos de los cuatro rumbos del horizonte, la caprichosa interpretación callejera de una música de salón, el veredicto, — a veces cruel y a veces estúpido, — de un jurado popular: no hay ser humano que no lleve un cartel sobre la frente, escrito por la mano formidable de la opinión.

Las multitudes viven de ilusiones. Las muchedumbres son las eternas soñadoras. Todo pueblo es un enorme sonámbulo. Lo positivo, lo material, lo sanchesco, es pensado, sentido y realizado por el individuo, por el uno, por el solitario sin entusiasmo y sin control; pero, nunca jamás por la colectividad. Bastan dos Sanchos, nada más que dos Sanchos, para que surja un Quijote; es decir, para que surja una hermosa alma, una alma máxima, llena de fuego como el sol, llena de facetas como una esmeralda, llena de perfumes como una flor, y llena de sueños como el corazón de un adolescente.

Lo mismo que un ejército cegado por el cansancio y la sed, arroja sus mantas de abrigo como si fueran un peso insoportable, y se agolpa al derredor de un charco infecto y nauseabundo como si fuera sobre los cristales transparentes de un manantial refrigerante, — así, también, la humanidad; enloquecida por el afán de lo estu-

pendo y lo sobrehumano, hambrienta de lo sublime como suele estarlo de pan, enferma desde ab-eterno de la trágica locura de las grandezas, arroja sobre el primer cráneo que se destaca, a veces tan vacío como un cántaro vacío, los laureles y los robles de su veneración y sus aplausos, o las cambronerías martirizantes de su persecución y sus anatemas, forjando ella misma, como el sediento su vaso de agua, como el poeta sus imágenes y como el delirante sus perseguidores, los tiranos, los apóstoles, los héroes, los mártires, los inspirados, los genios, en fin, que han de honrarla o que han de deshonorarla en la historia... ; porque nadie es, para los fines providenciales, ni lo que realmente es, ni lo que él mismo piensa que es, sino aquello que el común sentir, que la voluntad circunstante, que la anhelación colectiva, que la locura humana ha sentenciado que sea!

Sí: he dicho verdad cuando he afirmado en cierta solemne ocasión, que el sitio más doloroso y más peligroso que puede ocupar un hombre, es la memoria de los otros hombres; porque allí, dentro del intelecto ageno, del alma agena, de la voluntad agena, de los ideales agenos, de las miserias agenas, se nos está modelando a manotadas violentas como a un pedazo de arcilla, se nos está derritiendo ferozmente como a una barra de bronce, se nos está cincelando a puazos crueles como a un bloque de mármol, se nos está

forjando, para siempre jamás, a resonantes, aplastadores, golpes de martillo, como a una plancha de hierro.

¡No: esta no es una verdad satánica, porque si fuera satánica no sería verdad; porque no hay dos verdades, — una divina y otra infernal, — y porque no retumba en los corazones una verdad cualquiera, que no sea para consolar alguna llaga o para saciar alguna sed! ¡No: no es aventurado, no es maligno, no es disolvente afirmar, que todo grande hombre puede ser una gran ficción, que toda gran fama puede ser una gran calumnia, que toda gran vida puede ser una gran novela y que toda gran reputación puede ser una gran estafa!

Señores:

Por estas rápidas mortificantes filosofías que acabo de hacer, sin la mínima consideración por el agradable sitio en que nos hallamos, comprenderéis finalmente, rotundamente, palmariamente, que yo no estoy engañado respecto de mí mismo; que yo no agrando ni empequeñezco mis cualidades; que soy tan difícil de envanecer como de humillar; y que acepto vuestros agasajos y vuestras caldeadas frases decorativas, con la misma tranquilidad espiritual con que he permanecido, todo este tiempo bajo la campana neumática de vuestro olvido, con la misma serena tristeza con

que os contemplaría pisotear sobre la verdad para llegar hasta la mentira, con el mismo silencioso intenso dolor con que os vería pasar por arriba de las ocultas virtudes salutíferas de una planta medicinal, para ovacionar con los sonoros cobres de vuestra admiración, la más innócua, la más extravagante, la más neciamente espléndida de las orquídeas... ¡porque merecimiento es bondad, y aquel que no sepa nada de la bondad de los otros, no sabrá nada, tampoco, ni siquiera como una sospecha, ni del talento, ni de la sabiduría, ni del genio de los otros, si por acaso lo tuvieran!

Sí: acabo de decir que todo lo puede y todo lo hace la sociedad; acabo de afirmar que cualquier vida, por más eximia que sea, no es otra cosa, para las finalidades supremas, que una votación terminante de la mayoría; acabo de negar, en una larga serie de pesadas cerebraciones, — bien impropias por cierto del entusiasmo de esta sala, los méritos absolutos, positivos, ingénitos de cada uno; acabo de humillar hasta los abismos de lo casi despreciable, al yo propio, a la virtud propia, a la vida propia, al alma propia de cada hombre; acabo de renegar de mí mismo, colocándome severa, estoica, brutalmente, en el sitio secundario de una cosa que no vale por lo que vale, sino por la aspiración ocasional que satisface... y aguardo y exijo, y suplico de veras, que os convenzáis de que discurro impregnado

hasta los tuétanos de las afirmaciones que establezco, como si esta arenga mía no fuera una locución trabajada con el intento de impresionar a un auditorio, sino el monólogo espontáneo, verboso, natural, inartístico, profundamente sentido, del anacoreta que medita sobre sí mismo, en la soledad pavorosa del desierto.

¡Oh, sí!... Ni las entusiastas, sonoras, unánimes aclamaciones del público cuando mi pobre oración a Carducci, ni los caritativos sueltos encomiásticos de toda la prensa, ni esta fraternal cena de adhesión y casi de homenaje, ni las elocuentes panegíricas palabras con que acaba de serme ofrecida, ni la delicada, conmovedora, resplandeciente presencia de estas damas al rededor de esta mesa, ni todos los seres humanos, vivos y muertos, batiendo estruendosamente sus palmas faz a faz de mi cerebro, — podrán arrancar de mi espíritu el sentimiento de mi nulidad, el palpito de mi próxima decadencia, la convicción irreductible de que os apoyáis en mí como pudiérais hacerlo sobre cualquier otro, la conciencia profundísima de que todo héroe de algo no es nada más que un fenómeno de equilibrio como el clásico peñasco del Tandil, un ídolo simbólico de las soñaciones de su pueblo y de su época, un Napoleón de alguna cosa que está condenado infaliblemente a su derrota inesperada, a su derrumbe fatal en el seno frígido y tenebroso del olvido, a su catástrofe finalizante de Water-

loo, cuando más soberbio se levante sobre los puntales de lo que él, infantilmente, imbecilmente, denomina la superpotencia, el derecho divino de su genio... como un ciego que llamara sus ojos a su lazarillo, como un erudito que llamara su caudal de observación a sus lecturas, como un pordiosero que llamara el fruto de su trabajo a las dádivas ajenas, como una vieja horizontal que llamara su belleza a sus afeites, como un necio muchacho que llamara su criterio a la dirección de su padre, como un barco perdido que llamara sus condiciones navegatorias a la casual benevolencia de las olas, como un sistema planetario que llamara su voluntad a las leyes inescrutables del Universo, como una peluza de cardo que llamara sus propósitos a sus divagaciones por el éter, como una estatua de creta que llamara su vida propia a los dedos geniales del artista que la produjo, como un miserable mutilado que llamara sus piernas infatigables a sus frágiles muletas!...

Yo no debí, entonces, en sana conciencia, haber aceptado esta fiesta: yo debía haberla rehusado sin vacilaciones, como a una joya demasiado valiosa, como a una titulación de mi vida demasiado retumbante y lapidaria, como a un sitial honorífico demasiado monumental y prominente para mi dolorida, meditabunda pequeñez...

Pero, ni la cruz de la propia reputación, por más agobiante y angustiosa que ella sea, puede

ser renunciada sin cobardía y sin escándalo, ni la ocasión psicológica de predicar nuestra verdad, nuestra misma personalísima verdad, por más insignificante y baladí que esta verdad sea, puede ser desaprovechada sin un gran perjuicio humano, sin un gran retardo del movimiento progresivo de las cosas y de los seres, aunque esta última afirmación os haga el efecto de un estallido tartarinesco de mi soberbia de átomo, de una inflación relumbrosa de mi desmesurada, olímpica vanidad de pompa de jabón.

Acepto, pues, la sentencia inapelable de vuestros agasajos y laudaciones, la ejecutoria irrenunciabile de vuestro ciego cariño, como a una fatalidad providencial, como a un viento de Dios del que no puedo ni quiero evadirme como un tímido pajarillo de las ráfagas iracundas del huracán; y subo serenamente a la tribuna inspiradora de vuestra popular consagración, al eminente Sinaí relampagueante de vuestras imaginaciones, enastada mi frente como la de Moisés con las ardientes potenciales flamígeras de vuestro entusiasmo, para derramar sobre vosotros mismos los raudales vivificantes de lo que yo tengo por verdad, para dictaros desde aquella cumbre fantástica las tablas de la ley de vuestras obligaciones y vuestro destino, el decálogo magno de vuestros fundamentales, ineludibles, históricos, primordiales deberes, en este pedazo de América que habitáis.



Señores Italianos, que me habéis ofrecido esta fraternal cena de adhesión; señores extranjeros de cualquier origen, que circundáis esta mesa:

Esta tierra argentina, esta dilatada tierra argentina, esta celebrada tierra argentina, tan feraz, tan generosa, tan pródiga como es, necesita para fecundarse, requiere para cubrirse de frutos ópimos, como cualquier otra tierra del orbe, del sudor y de las lágrimas humanas.

Aquellos propagandistas de nuestra colonización que fueron allá, por las ciudades, las aldeas y los campos de vuestros países respectivos, — explotando vuestros dolores personales, mistificando vuestra ignorancia de la geografía y de la historia del mundo, fomentando vuestros sentimientos más rudamente positivos y que la desesperación ya tenía enardecidos, — a decirlos, los miserables, que ésta es una tierra de holganza fructífera, de tenebrosa fortuna rápida como la de California, la de Alaska y la del Transvaal, no solamente os engañaron a vosotros, sino que perjudicaron sin saberlo, como hacen todas sus imbecilidades todos los imbéciles, — el espíritu altamente humano, eminentemente noble, profundísimamente bueno de la civilización occidental, que es la civilización que nosotros los argentinos queremos continuar, que nosotros los hijos vuestros queremos desenvolver en toda su majestad y toda su amplitud, en este, que ha de ser clásico, rincón providencial del Universo.

Y perjudicaron aquel nobilísimo espíritu, y obstaculizaron aquel hermosísimo propósito nuestro; porque pusieron dentro de vosotros, porque despertaron dentro de los mismos que deberían ser, andando los tiempos, los progenitores de nuestro pueblo, los patriarcas de nuestros hogares, las columnas fundamentales de nuestra sociabilidad, los inspiradores familiares del genio de nuestros jóvenes y del civismo y la clarividencia de nuestros hombres de estado, el alma frígida, el alma pavorosa, el alma metalizada, el alma cien veces maldita de la civilización de Carthago.

Ellos, esos propagandistas, debieran haberos dicho, como os lo digo yo ahora y como lo reconocéis vosotros mismos, después de largos años, de experiencia y de aclimatación, que aquí, de este lado del mar, entre los trópicos y el polo, desde los Andes hasta el Atlántico, sobre praderas interminables, al pie de montañas enormes, a la vera de ríos gigantescos, a la sombra de selvas impenetrables e impenetradas hasta por la misma luz del sol, bajo el amparo y la dirección de las leyes más justas y más sabias, — o que, por lo menos, así quisieron que fuesen los que las dictaron, — organizada con todos los órganos y provista de todos los resortes de los pueblos cultos, se desarrolla una joven nación de nuestro mismo origen étnico, no necesitaba precisamente de bestias de carga, no propiciadoras,

como cualquier territorio aurífero, de aventureros sin más fe, sin más afán y sin más propósito que el beneficio inmediato, — sino realmente, enteramente, absolutamente enamorada de la luz, y marchando, como una sonámbula, a la gloria resplandeciente de un porvenir, que ella quiere que sea la cúspide suprema de la vida...; privilegiada, joven nación, constituída por vuestros propios hijos, que no busca individuos, sino hombres; que no sueña con una muchedumbre, sino con un pueblo; que no quiere multiplicar un hormiguero, sino prolongar, perfeccionar y consumir definitivamente la raza humana, por los siglos de los siglos!

Y estoy seguro que si todas estas grandes cosas os hubieran sido dichas allá en el fondo de vuestras dolorosas vidas proletarias sin esperanza, hubiérais atravesado el mar con el alma tan llena de heroicidades, tan saturada de humanidad, tan preocupada de la super-excelsa perfección de la especie, como el alma misma de Colón, porque habéis nacido en un Continente, donde por cada mil cobardes, nacen diez millones de héroes, de santos, de artistas, de sabios, de apóstoles y de legisladores!...

Hermosas damas; señor Intendente; señor Cónsul de Italia; Señores:

Levanto mi copa, presa de una emoción infinita, como un palpito, como un augurio, como una

profesía de lo que será, en honor, en homenaje reverentísimo a esa nueva raza, a esa suprema imperial raza novísima, que habrá de poblar, a través de los tiempos y a pesar de todos los obstáculos, esta región predestinada de América; raza que concibo yo, pálida como un dios, bella como un Apolo y fuerte y valerosa como un Alcides; raza que tiene que ser: caballeresca, altiva y soberbia como un español; espiritual, asimilante y defensora de los derechos humanos, como un francés; industriosa, meditada y buena, como un alemán; positiva, matemática y calculadora, como un inglés; heroica, rebelde e indomable bajo los espolazos del dolor, como un ruso; exploradora, indetenible ante los misterios del globo, como un holandés y como un sueco; y artística, soñadora, sabia, compleja, prolífica, invasora, imperecedera, universal, casi divina, como la estirpe italiana.

¡Que así sea!

EVANGÉLICAS

HAY coronaciones que nos empequeñecen, como hay perfumes que nos matan.

2.—Parece que la piedra de toque de la densidad cerebral, fuera el poder decir y el poder hacer, en plena libertad de pensamiento y de acción.

3.—Sin la influencia directriz de las ideas ambientes, muchos serían tontos, o cualquiera otra cosa peor.

4.—El hombre es como los demás, mientras vive entre los demás; pero, deja, imprescindiblemente, de ser lo que era, o más bien, de aparentar lo que demostraba, y se manifiesta superior o inferior a su reputación, en el momento mismo de libertarse de la tiranía del qué dirán.

5.—Dentro de cada individuo hay, entre otras, una de estas cuatro entidades: la de un héroe, la de un criminal, la de un sancho y la de un nu-

10. Suelen estar y combinarse dentro de la misma persona, las tres primeras; pero, la última siempre está sola.

6.—El día que las circunstancias hacen crisis en nuestro favor, (que es cuando la muchedumbre, por una u otra causa y por más o menos tiempo, se achata para que surjamos de cuerpo entero), se destaca el apóstol, el malvado, el bertoldo o el cacaseno.

7.—Cosa interesante es el hombre: como unidad, o vale mucho o no vale nada; pero, como pluralidad vale siempre.

8.—Mucho más peligroso es el mar que la tierra firme, las alturas que los valles, el desierto que las poblaciones, la soledad que la compañía; porque la dificultad es menor, allí donde hay muchos dispuestos a vencerla, como la responsabilidad no existe, cuando es toda la humanidad la que debe responder de lo hecho.

9.—Inmediatamente que nos sobreponemos al vulgo, nos desnudamos de las fuerzas cooperativas que nos equilibraban, nos dirijían y nos irresponsabilizaban.

10.—Aquel que ha quedado en condiciones de querer a voluntad, ha quedado, asimismo, en las de no poder casi nada de lo que quiere.

11.—Nadie está en mejores condiciones de certificar la injusticia de las protestas de la multitud, que los que han subido muy arriba: están frente a frente de la fatalidad y de la impotencia del hombre para vencerla y reducirla a propósitos personales.

12.—Si el medio circunstante obliga a querer de una manera incontrastable, contribuye, asimismo, a que realicemos eso que él quiere que queramos: cuando nos libertamos de toda sugestión, o, por lo menos, del mayor número de ellas, tenemos que querer y poder con nuestras solas facultades y lo que aún es peor, bajo nuestra sola responsabilidad.

13.—Un hombre que sube, que se destaca, que se cierne sobre los demás, es un hermano que deja de ser hermano, para ser padre.

14.—Ascender, en el sentido social, es como trepar una montaña cada vez más lisa y pelada.

15.—En las regiones superiores la presión atmosférica es menos grave, los obstáculos visibles son más escasos, la acción parece más libre, y lo es en realidad para algunos.

16.—Pero, el vacío es tan impenetrable como un muro de granito, y la soledad de las cumbres es semejante al vacío.

17.—De lo que se hace y se piensa en medio de los demás, no se tiene a quien responder.

18.—Entre la turba multa, se piensa y se hace con el cerebro de todos y las manos de todos.

19.—La solidaridad humana es tan indispensable para la vida de cada individuo, como la gravitación universal para cada uno de los astros; y el que se coloca delante de los otros, no puede contar con ella, sino muy someramente, como aquel que se parara sobre la punta de un cono elevadísimo, no podría contar con más apoyo que con sus solas condiciones de equilibrista.

20.—La libertad de pensamiento y acción, es el peso más formidable que puede caer sobre las espaldas de un hombre.

21.—Toda vanguardia conduce a la muerte.

22.—Más libertad, más responsabilidad; más derechos, más deberes; más facultades, más trabajo; más adelante, más peligro; más arriba, más soledad; más perfección, más insolencia y más menosprecio de los que nacieron menos perfectos.

EDUCAR no es convencer: educar es vencer.

2.—Convencidos de los peligros del ajenjo, van los alcoholistas a su copa de ajenjo.

3.—Todos estamos medianamente organizados para entenderlo todo; pero, mientras las ideas no se posesionan de nosotros hasta resolverse en móviles de conducta, puede decirse que aquella facultad de entender no nos sirve de nada, o tan discutiblemente como un apéndice sin función concreta.

4.—Los hombres muy razonadores, suelen ser los menos razonables, como las gallinas que más cacarean, no siempre anuncian la deposición de un huevo.

5.—Los conocimientos que no contribuyen a modificarnos, que no terminan por crearnos inconsciencias irresistibles, son como los unguentos, que ni quitan ni ponen rey en la curación de los pacientes.

6.—El niño es a la manera del retazo de tela que está aguardando las tijeras y las agujas, para convertirse, o en una pieza de abrigo o en una pieza de lujo: cada hombre debe tener su destino, como las chaquetas y las camisas, aunque pierda algo, para servir de algo.

7.—La ilustración que no nos obliga, está demás y hasta es un peligro social.

8.—Torturar la naturaleza humana para darle una forma exclusiva, no es ni con mucho, un crimen de lesa humanidad; porque siempre vale más un campo sembrado, aunque sea de alfalfa, que un terreno baldío aguardando producir robles a través de la eternidad.

9.—El buen juicio no debe estacionarse en el cerebro como una congestión: debe circular como la sangre de una persona sana, desde la coronilla hasta la punta de los pies, y determinar actos juiciosos, encadenados y sucesivos.

10.—Apártate, como del demonio, de aquellos que conocen por lectura la técnica de todas las profesiones: vale más el que sabe hacer marcos para los cuadros, que el que solo sabe criticarlos.

11.—Que tus hijos sepan hacer, aunque no sepan disertar, ni siquiera diez minutos, sobre la bondad de sus propias obras.

12.—Antes de enseñarse a leer, debe crearse en el sujeto la necesidad de la lectura, el hambre del libro; para proceder como la naturaleza, que primero crea la necesidad de la función y después el órgano: en este caso, el órgano es el alfabeto.

13.—Los inventores de algo no se preocupan ni poco ni mucho, de los perjuicios inmediatos que producen todos los inventos; y los grandes hombres de la talla de los Rivadavia, de los Alberdi y de los Sarmiento, jamás se cuidaron de su popularidad: si tu hijo pequeño ha de negarte un beso, que te lo niegue...; ya lo estampará mil veces, lleno de gratitud, sobre el fantasma de tu recuerdo, cuando él sea padre!

14.—El hogar y la escuela deben ser campos de maniobras, tan parecidos a la vida como la vida misma.

No se claudica de una religión cualquiera sin cometer apostasía, como no se ungen de estiércol las carnes y se huele a diamelas.

2.—Por más cobre que haya en el bronce, el bronce no es cobre.

3.—A los hombres superiores no se les mide, ni por las adhesiones que reciben ni por las agresividades de que son objeto: se les mide por la cantidad de propósitos que realizan.

4.—La misericordia no se hizo para el amparo de los grandes, como el plumero no se inventó para desempolvar las montañas.

5.—Aquel que pretende que se le lleve cuenta de sus buenas obras, no tiene porqué extrañarse de que le cataloguen sus malos actos.

6.—El que exige aplausos, acepta implícitamente los silbidos.

7.—El decoro de los amados del pueblo no es de ellos; es del pueblo que les ama y hasta de la época en que actúan, como la dignidad de los padres es propiedad de sus hijos.

8.—Ningún censor más severo, que aquel ciudadano que más nos admira.

9.—Harto tiene un hombre con el respeto de los demás hombres, para que se tenga por desgraciado por el solo hecho de carecer de lo superfluo.

10.—Una vida entera llena de austeridad será causa atendible de atenuación; pero, nunca de justificación.

11.—No se reproduce a Julio César vistiéndose a la romana, si no ganando batallas y muriendo trágicamente.

12.—Un arco de triunfo derruido inspirará toda la consideración que se quiera y podrá ser objeto de meditaciones profundísimas, en prosa y verso y hasta en música... ¡pero, ya no es arco de triunfo!

13.—Las cosas adquieren denominaciones apropiadas al uso que se hace de ellas, y a los hombres se les titula por su último hecho: el soldado

de Maratón pudo ser un miserable toda su vida; pero no es otra cosa que el soldado de Maratón.

14.—La corona de laureles más bien merecida, echada a rodar bajo los pies de los que reparten prebendas, ya no es corona de laureles: es una mala alfombra.

15.—Olvido, sí, olvido profundo sobre vuestra claudicación, bufones gloriosos; pero, sabed que habéis perdido el derecho de veneración y que os habéis convertido en una enorme piedra de escándalo.

16.—El perdón podrá honrar a quien lo dispensa; pero, no purifica ninguna mancha y deprime, todavía más, a los que él absuelve.

17.—Los excelsos no tienen para sus hechos nada más que dos contragolpes sociales: o la impunidad, que no es la tolerancia sino la sumisión; o la muerte, que no es el castigo sino la supresión.

18.—Lord Bacon no se rehabilitó jamás.

19.—Los anónimos, los humildes, tienen la prerrogativa de la regeneración; pero, los que nacieron para ser eternos, no tienen otra salida que el "cordón de seda".

20.—Como sobre las manos de Lady Macbeth, la sangre de los errores cometidos por los consagrados, ni la borra toda el agua del Océano, ni la perfuman todas las resinas aromáticas de la Arabia.

Para los derrengados

Lo puro es lo transitorio: el hombre es un libro prohibido ilustrado con estampas de Fra Angélico.

2.—Cualquier virtud es una negación, o un simple reverso: el anverso está siempre vuelto hacia la pared, como un cuadro pornográfico.

3.—Cada uno de los que ves por las calles al pasar, lleva una tragedia en lo más recóndito del corazón.

4.—La hipocresía es el distintivo humano; porque sin ella no habría vida social posible.

5.—Así como todo malvado te sorprenderá con una belleza moral inesperada, todo impecable tiene su úlcera secreta, cuyo hedor trasciende a ráfagas.

6.—Los reconocidamente, los cínicamente malignos y amorales, no son nada más que hombres dados vuelta del revés como un calcetín: el vicio

es el mal que sale a la superficie, y la virtud es lo vil precipitado hacia las entrañas.

7.—Cada vez que te aproximes a los que amabas de oídas, te alejarás de ellos con una ilusión menos dentro del alma: saber vivir es saber mentir y no querer palpar la mentira de los demás.

8.—Nadie más temible que un hombre reputado de virtuoso; porque a mansalva de su reputación puede herir impunemente.

9.—La sentencia del insospechable, el juicio del angélico... **¡vade retro!**

10.—Aquel que cuida mucho de su reputación, se esclaviza para libertarse; porque un buen nombre autoriza hasta para lo malo, y el descrédito personal inutiliza hasta para el bien.

11.—Entre uno que te gruñe y otro que te sonríe, siendo tú una sobra humana, prefiere al que te gruñe.

12.—La miseria es una cosa bien fea y nauseabunda y no puede inspirar lógicamente nada más que repulsión: lo natural es que te repudien, y lo falso que se te acerquen solícitos.

13.—Aquel que viene por donde no debiera venir, no viene a lo que dice.

14.—A cada circunstancia corresponde una situación de ánimo, y cada situación de ánimo tiene su gesto apropiado que la revela.

15.—Desconfía de los que ríen cuando debieran llorar; teme a los que te hacen compañía a pesar de tu lepra; escudriña el corazón de los que se agachan hasta tu pudridero: defiéndete de la caridad.

16.—Las manos que dan suelen ser manos que echan el guante.

17.—Yo sé de muchos pobres que enriquecieron a muchos ricos.

18.—La caridad humana es un ángel con alas de cuervo: vá en pos de las catástrofes con la cruz roja ceñida al brazo, el garfio del merodeador en la diestra y el cesto del traperero a las espaldas.

19.—La beneficencia ha hecho la ingratitud; porque ésta no es otra cosa que la flor enferma de una caridad, también enferma.

20.—Como de los detritus de la cloaca, de los derrengados de la vida se sacan potencias utilizables y corrientes auríferas que no se agotan nunca.

21.—Porque, a veces, conviene más estrujar un puñado de basura que un racimo de uvas.

Para los que no nacimos genios

PRECÁVETE de los hombres extraordinarios: la situación, el oficio de genio, es egoísta, deprimente y cruel.

2.—Tanto por conveniencia propia, como por no interrumpir su acción histórica, como por cierto sentido estético que no debe abandonarte nunca, has de mantenerte a una discreta distancia de esas almas enormemente irresponsables, a fin de que ni malogren su misión, ni pierdan la perspectiva, ni te alcance la influencia esclavizadora, y a veces mortal, de su sonambulismo.

3.—El hombre genial, el llamado hombre genial, es un engendro apocalíptico de las circunstancias, que hace regularmente la vida de los instintos; porque lo mismo que a los cómicos, no se le exige otra responsabilidad que la de su papel.

4.—Ellos, los extraordinarios, solo subordinan

su ser a la bestial sensualidad de su vocación: van lanzados por sobre rieles a su destino.

5.—Contemplan la sociedad a vuelo de pájaro: andan entre los demás entre sombras, como el carpintero sobre las virutas de su taller.

6.—No temen la crítica ni buscan el aplauso de su siglo; y acaso, no se preocupen ni del aplauso ni de la crítica de los que sobrevendrán.

7.—Sus contemporáneos no constituyen para ellos nada más que los elementos de su obra; porque no edifican para sus contemporáneos, sino sobre éstos.

8.—Todos los gritos humanos suenan en sus cerebros sin penetrar hasta sus corazones; o, mejor dicho: sus corazones no tienen más que una sola cuerda... ¡la de su predestinación!

9.—Son especialistas que se curan bien poco de todo aquello que no atañe a su arte: eunucos que presencian sin emoción genital las abominaciones del serrallo; fatalidades con manos y pies; ideas fijas; montañas en marcha.

10.—Las siete virtudes cardinales mismas, son para tales abortos, nimiedades infantiles, siem-

pre que no cruce alguna de ellas, la curva de la parábola que ellos recorren.

11.—Desgarran tranquilamente las prácticas establecidas, como esos locos criminales que derraman la sangre humana por el sólo placer de empaparse en ella. Porque los verdaderamente grandes no tienen ningún plan preconcebido: satisfacen una enorme aberración y tienen estrella.

12.—A muchos de ellos les place tirar, en guisa de titereteros, del hilo de cada pasión, de cada flaqueza, de cada tendencia, para que las personas anden, accionen y gesticulen; y, algunas veces, les resulta un drama digno de Shakespeare.

13.—Atribuyen a los hombres el doble valor de las diez cifras, absoluto y relativo, y les hacen correr sin voluntad a lo largo de mil situaciones diversas y de mil valores contradictorios.

14.—No saben ni lo que quieren ni adonde van; pero avanzan en línea recta, con la impavidez y el finísimo tacto de los sonámbulos, a través de los mayores peligros y de las más evidentes sinrazones.

15.—Como un instinto que no entiende de sermones, o como una ley de la naturaleza que pa-

sa triunfadora por todos nuestros prejuicios, ellos se satisfacen y se cumplen.

16.—Los hombres así, no son tales hombres; porque el hombre en el sentido social y corriente, es un organismo armonioso, razonable y complicadísimo, y ellos son un elemento, un desentono, una sublime irracionalidad.

17.—Se apartan de manera tan evidente del molde común, del engranaje humano, que viven fuera de las leyes de la reciprocidad, de la represalia y de la solidaridad: en fuerza de su excelcitud calzan el calibre de lo despreciable.

18.—Sus ofensas no producen nada más que dolor; y sus beneficios no despiertan el agradecimiento.

19.—Apenas si merecen el tributo de nuestro asombro; jamás ni nuestro amor ni nuestro odio: tienen, por decirlo así, la intangibilidad de lo abstracto.

20.—A menudo fueron útiles a la humanidad; pero, al modo del sol, que ni nos ama ni aguarda nuestra gratitud; o a la manera de la peste y el terremoto, que se realizan en virtud de quién sabe cuáles cálculos.

21.—Más sabe de su negocio aquel miserando inválido que vende flores en los sitios públicos, que lo que saben ellos de la razón y la utilidad de los actos que realizan: le's arrastra una mano sobrenatural asida a sus cabellos, como a los protagonistas de la escena griega.

22.—No ganan en conciencia, ni los laureles ni las maldiciones que caen sobre sus pobres cabezas atormentadas: orates ilustres.♥

23.—Muy contadas ocasiones favorecen a la sociedad de su época, puesto que la conturban implacables; y rarísimas veces, a los apasionados sinceros que les forman séquito.

24.—Flotan en la masa humana sin adherírsele: sobrenadan en la superficie, tal como las substancias grasas.

25.—Están por acumulación y no por desarrollo; viven en nosotros como una especie de mineralización del organismo social; o, más bien dicho: les llevamos lo mismo que a una espina, a un cedal, a una incrustación cualquiera.

26.—Si no temiese yo tu censura hipócrita, insinuaría que te valieses de los tales como de un vehículo, para trasladarte; o, como de un árbol eminente, para divisar lejos o guarecerte de la lluvia.

27.—Pero, yo sé que pagarías mi sano consejo haciéndote el escandalizado y motejándome de utilitario; porque la humanidad se envanece con estos abortos, como ciertos padres con el hijo, que, porque hace versos, les convierte la casa en un **pan demonium**.

28.—Sólo quiero, pues, rechazar abiertamente que te entregues a la magnanimidad de los grandiosos, tan pasivamente como las ovejas a su pastor.

29.—Todo lo gigantesco implica una tiranía, y todo lo anormal un peligro; porque lo gigantesco significa mayor cantidad de fuerza, y lo anormal mayor cantidad de misterio.

30.—Sé grande en miniatura; reposa sobre tí mismo.

31.—Manéjate de manera que nadie pueda exigirte fidelidad.

32.—Esquiva la dirección extraña como a una mutilación vergonzosa; y la ocasión de la gratitud como a una cadena, como a una argolla de hierro en la ternilla de la nariz.

33.—Reconoce valientemente tu vulgaridad mental; pero, no para someterte, sino para vivir

alerta dentro de tu propia sombra y evitar la comparación desdolorosa.

34.—Deja para los lacayos la vanidad de la librea; y para los necios, el amor propio de las relaciones que mantienen.

35.—Busca, en todo, lo que es; y nunca, lo que te parezca o ambiciones que sea.

36.—No te hinches hasta la soberbia, que es una inflamación del santo amor de sí mismo; ni te reduzcas, tampoco hasta la humillación, que está más abajo, todavía, de la humildad, como la humildad está más abajo de la dignidad reposada, justa y sincera: no pierdas la entereza medio de tu ánimo, que es la más eficaz.

37.—No busques ni el primero ni el último puesto, sino el que te corresponda. Pero, si no quieren darte ese mismo, sal prontamente de la sala; porque en aquella casa no impera la justicia.

38.—Quédate, si así te place, allí donde tengas que mirar de arriba para abajo a la generalidad de los que se te acerquen; pero, no permanezcas ni un segundo, donde te veas en la necesidad de permanecer de puntillas, para alcanzar la medida de tu interlocutor.

39.—Simplifica tus necesidades personales y centuplicarás tu acción humana: economiza vida para tus propósitos.

40.—Redúctete en lo posible, a lo primitivo, para que el monstruo de tu sensualidad no te entregue, atado de pies y manos, a los adversarios de tus ideales, cualesquiera que éstos sean.

41.—Has todos los sacrificios imaginables, a fin de que no te veas, alguna vez, en la espantosa necesidad de devorar tu misma persona moral, en el pan de cada día.

42.—Nunca te reclines sobre cojines rellenos con tu propia majestad: la humanidad ya no necesita de hombres bestias, ni para cavar fosos.

43.—No quieras asistir al banquete de los lobos habiendo nacido cordero; porque allí no se aguarda tranquilamente su parte: se arrebatada de un zarpazo, o se subtrae clandestinamente, a hacer una genuflexión.

44.—Hazte propietario del pedazo de tierra en que se apoya tu lecho, tu mesa y la cuna de tus hijos.

45.—Pero, si la fatalidad se interpone entre este sano propósito y su realización, erígete señor de algo: impera, aunque más no sea, sobre

tu propia insignificancia cerebral y sobre tu propio estómago hambriento.

46.—No vivas nunca debajo de las alas del águila: abriga más el cielo abierto, que la techumbre dorada de los palacios agenos.

47.—Lo que se gana con sudores de pundonor, se disfruta en cuatro patas.

48.—Un instante de pie sobre la propia miseria, vale toda una vida de hartura, arrastrada sobre las rodillas.

49.—Las mansiones edificadas con argamasa de dignidad, son habitadas por unos muertos que viven... ¡porque todavía comen!

50.—Lo vulgar prepondera sobre lo extraordinario, cuando lo vulgar no pisa la sombra de lo extraordinario.

51.—Delante lo genial, de lo estupendo, se está con la frente en el polvo y con el alma temblorosa como una liebre sin salida.

52.—En la penumbra de la dependencia se podrá ser hasta feliz, yo no lo niego; pero, esa placidez te ha de sobrevenir, después que hayas quemado tus naves, hayas perdido la memoria

de la luz y te hayas curado radicalmente de la nostalgia de tu libertad.

53.—No habría excelsos y augustos, si no hubiese tímidos y viles.

54.—En presencia de los grandes se es siervo, y se obedece o se delinque; al lado de nuestros iguales se es hombre, y se platica o se disputa; en medio de nuestros inferiores se es César, y se dispone, se juzga, se castiga, se perdona y se ama.

55.—Reside allí donde pudieran, si lo quisieras, besarte los pies naturalmente.

I

Lo Bello y lo Monstruoso, lo Justo y lo Injusto, dejan de ser lo que son en sí mismos, cuando los palpamos o los sufrimos diariamente: los viejos habitantes del Jockey-Club, ya no saben nada de la Diana insuperable del gran vestíbulo de aquel edificio.

2.—La presencia perpétua de las cosas, concluye por borrar sus imágenes de nuestra retina y sus ideas de nuestro cerebro; por quitarnos la conciencia de que aquellas cosas están delante de nosotros.

3.—No es que el hombre encuentre insuficientes los moldes que imagina, una vez que los realiza: es que pierde la sensación de la realidad de aquellos moldes y la destreza de manejarlos.

4.—No hay mejor anestésico para el dolor, que el dolor mismo, cuando el dolor es parejo y sin tregua; ni revulsivo más poderoso para los asientos del deleite, que el propio deleite.

5.—En el seno inefable del Nirvana asiático y en los abismos de torturación inalterable del Infierno católico, las almas, cualesquiera que fuesen, lo mismo que los imbéciles, terminarían por no sentirse a sí mismas.

6.—Aquel que no siente a sí mismo, ni sufre ni goza; aquel que ni sufre ni goza será Angel, Arcángel, Querubín, Dominación pero no es Hombre; y aquel que no es Hombre no es apto para el Progreso, lo mismo que el que no es zapatero no es apto para hacer zapatos.

7.—Es ley providencial, necesaria a la Providencia, ese prurito de no encontrar sitio definitivo de reposo y de no poner punto final a ningún trabajo.

8.—El estado perfecto del Hombre es un estado de ansiedad, de anhelación, de tristeza infinita: una tremulación interrogante de tentáculo.

9.—La excelsitud humana consiste en su propia negación; consiste en esa inconsciencia superior a todo razonamiento, de que nada de lo hecho ha salido bien hecho.

10.—La duda es una carga fría y pesada como un témpano, que a veces aplasta; pero, también es un instrumento inestimable de perfección general.

11.—Aunque parezca una paradoja, el Progreso necesita de que siempre se crea en él y siempre se dude de sus conquistas: hombre superior y evolutivo, hombre conturbado y doloroso en las profundidades de su alma.

12.—Aguardando nuestra finalidad, la consumación de nuestro pasaje a otra expresión psíquico-fisiológica, como aguardaba Penélope el regreso de su consorte, tenemos que ocupar las noches destegiendo las hermosas tapicerías ideales labradas por nosotros durante la luz del día; que destruir por aburrimiento, como una mujer a la expectativa deshoja sus flores, esas bellezas que concebimos en toda la plenitud de lo Bello... ; que concebimos a cada minuto, a pesar de nuestra organización intermediaria, de nuestra mentalidad en camino como la espiga que se desarrolla!

13.—Nunca creen los jóvenes bien equilibrados en la perfección de sus labores, sino por breves horas, aunque sus labores sean tan perfectas como los de su propio padre o profesor; y no creen en aquella perfección, precisamente, porque son jóvenes; es decir: porque sienten, en sí mismos, al hombre provento que serán después y que se mofará de tales ensayos... y sin embargo, cada joven trabaja para su hombre futuro!

14.—Así la humanidad: sabe que crece, sabe

que la de hoy no será la de mañana, y por eso no se satisface, y por eso no se enorgullece, nada más que unos cuantos siglos, de su trabajo, aunque su trabajo sea digno, no ya de ella, sino de una colmena olímpica, de una fragua de dioses.

15.—Somos como el febriciente que no se tranquiliza en ninguna postura. Porque el Hombre es un sér inconcluso, un monumento en obra, un cogollo que avanza, uno de los momentos rapidísimos de una lentísima acción; sueña metido dentro de su cáscara como el feto de un ángel, con la suprema personalidad que ha de alcanzar en el fondo de los tiempos; es un sér relativo que tiene la neurósis de lo absoluto: padece la fiebre de su gestación, y de eso está enfermo!

16.—Cada vez que materializamos un ensueño, de cualquier orden que sea, no sabemos qué hacer de él, por la sencilla razón de que no nos viene bien: aquella ilusión, al realizarse se ha convertido en una cruz tan pesada, que no la podríamos conducir ni dos pasos, sin jadear y postrarnos para siempre.

II

17.—Entonces profanamos cruelmente la hermosísima realidad aquella, con la misma diabólica vehemencia con que destrozan los niños el reloj de su padre y la túnica de blondas de su madre: la Humanidad de hoy es el niño terrible de la Humanidad de ayer.

18.—Tenemos un cerebro superior a nuestras necesidades presentes. Soñamos cosas permanentes, para un bohemio incapaz de la mínima estabilidad; y ese bohemio, somos nosotros mismos. Nuestro concepto de la Vida es anterior a nuestros medios de vivirla. Bordamos telas delicadísimas, para colgarlas sobre los hombros de un primitivo libidinoso. Nos asemejamos al jazmín, al heliotropo, al lirio de los valles, a todas las flores bienolientes, que siempre son inferiores a su perfume. Somos los portadores de una gran tea... ¡y aquella gran tea va irradiando su luz mucho más adelante de nuestras sórdidas sandalias!...

19.—Solamente los idiotas están contentos con lo ya hecho, y lo usan toda la vida con la misma fruición de la primera vez.

20.—Porque los hombres tipo, los hombres humanos, son vidas en marcha, alas volando, que pasan de un desequilibrio a otro desequilibrio, sin equilibrarse jamás; y los idiotas son seres concluídos, rematados como un dobladillo, cortados en seco, que no quieren más ni se trasladan más.

21.—Mil veces hubiésemos logrado nuestra felicidad terminal, en cualquier sentido que la felicidad se tome, si nuestra suprema condición no consistiese en nuestra misma inestabilidad, nuestra perpétua actitud de caer, nuestra profunda ignorancia de lo que nos conviene, y ese insaciable descontento del otro sér futuro que llevamos en el seno, como una fecundación de Júpiter.

22.—El verdadero ser humano, el hombre completo, tiene alma de viajero; ansiedades de artífice; ceguedades de obrero y de inventor, que ya no ven lo mismo que hacen, en fuerza de pensarlo y hacerlo todos los días. Pero, nunca, jamás, el alma del burgués, de aquel burgués ideal, de aquel comerciante que plantó, cerró su tienda, se redujo a su pequeña renta y es incapaz de

otras anhelaciones que las que aquella renta puede satisfacerle: el Hombre no es un punto final como los pequeños rentistas.

23.—Basta detenerse, basta llamarse a sosiego, para suprimir el Dolor; pero, basta, también, eludir la Acción, para detener el Progreso y para incurrir en la maldición de Dios.

24.—Nuestra virtud, nuestra grande y esencial virtud, es, precisamente, esa terquedad exploradora de manos de ciego: nunca tendremos conciencia de haber alcanzado nada.

25.—Sabadlo bien: el hombre destruye, a lo largo de los siglos, muchas, muchísimas cosas bellas, buenas, útiles y necesarias, no por espíritu de destrucción, sino porque no las vé ya.

26.—Somos, para bien del Bien, como aquel campesino que buscaba su asno, cabalgando sobre los lomos del asno mismo: desgraciado de aquel que ya no busca su cabalgadura; porque ha muerto de muerte.

27.—Lo mismo que se ha perdido la noción de que la Mujer no puede concebirse de otra manera que como Madre, y de que el oro y las piedras preciosas no pueden pensarse sino como objetos fiduciarios, que hacen fé de felicidad, cualquiera

que esta sea, — así, también, las demás verdades corrientes, que son innumerables y todas ellas fundamentales, pasan por nuestro espíritu sin dejar en él la mínima sensación: la Humanidad se cura rápidamente del espanto de su propia luz.

28.—He dicho todo esto, para decir que, en mi concepto: el Modernismo no es nada más que la saciedad, el hastío, la insensibilidad de las maneras conquistadas, — que llamamos clásicas, por lo mismo que ya están consagradas y probadas como buenas; — el instinto de que lo nuevo es más eficaz que lo ya conocido, porque se maneja con más amor y con más brio; el resultado de haberse conseguido una facilidad tal para hacer belleza, que ya no se sienten, ni esa belleza ni el deleite de producirla.

El que se sienta Juan Pérez, que la pase.

EN la memoria de los tontos siempre se está mal; pero cuando los tontos nos rinden culto, se está peor.

2.—Nada más molesto, nada más cómico y desconcertador que los parabienes y laudatorias del modisto de la señora, pongo por caso: tienen todas las inflexiones de una invitación a la puntualidad.

3.—El vulgo quiere gestos, “paradas”, ademanes trágicos; porque el vulgo tiene alma de esteta, aunque rundimentaria, y las actitudes de cuadro histórico y de estatua simbólica le cautivan: las actitudes esas buscan eso.

4.—Para la turbamulta — desde los porteros hasta los presidenciables, — un eximio cualquiera sin su gestito diario, es como una revista sin monos: no vale la pena.

5.—Como las posturas demasiado elocuentes y siempre al pelo nunca son, espontáneas — puesto que requieren ensayo previo, — el vulgo sabe tanto de los hombres que aclama o vitupera, como la concurrencia del teatro infantil respecto de los cómicos que la hacen reír.

6.—No solamente bajo los golpes de la adversidad se quiebran los caracteres: se quiebran más ruidosamente bajo los dedazos imbecilizadores de una voluntad pública demasiado adhesiva.

7.—Muy contados son los famosos que se mantienen extraños a la presión centrípeta de la curiosidad que despertaron.

8.—Todo admirador es un amo, o pretende serlo; jamás te pongas al alcance de su adhesión.

9.—De cien admiradores que se te acercan, los ochenta, — perdóname Juan Pueblo, — son claques voluntarias que vienen a cobrar sus palmadas. Si pagas, se mofarán de tí; si no pagas, te pondrán como no te pondrán dueñas: tú elegirás.

10.—Hay gente que no se admira de nada y ejerce el oficio de cortejar a los admirables. También hay holgazanes que gustan de visitar al

carpintero en su banco y al albañil en su andamio.

11.—Como en la casa de las solteronas millonarias, entre los habituales de los famosos no se encuentra un tonto ni para remedio.

12.—La idea de la celebridad va unida, en casi todos los cerebros, a las ideas de riqueza, de magnanimidad, de manos abiertas.

13.—Para resultar el hijo de todos después de la conquista de las alturas, sería más razonable quedarse en el valle y ser la Minerva de los que suben: a veces el escalón vale más y puede más que quien lo pisa.

14.—Muchos de los que te frecuentan vienen a silbar al pavo real: no esponjes tus plumas por más que silben.

15.—No todos los famosos son gloriosos, como no todos los que penden de una cruz honran la cruz ni todo lo que vibra da notas.

16.—En la admiración femenina hay algo de entregamiento: el entusiasmo que despiertan los oradores sagrados pone en peligro sus votos.

17.—A veces la fama no es más que un fenó-

meno de farolerismo circulante: no a veces, muchas veces.

18.—Rechazarás el fetiquismo de los que besan la orla de tu manto como quien besara en carne viva: trátalos como a perros, porque son perros.

19.—Las lenguas de los que te ungen con ellas son más venenosas que las lenguas de los que con ellas te difaman. Las primeras te deprimen a tus propios ojos, las segundas a los ojos de los demás; pero las unas realizan la depresión de tu espíritu y las otras la de tu reputación: darás al calumniador el desmentido de los hechos y al adulator un puntapié.

20.—El amor de las multitudes es una túnica que puede incendiarse al primer movimiento indiscreto del que la lleva: tú la vestirás como una casulla de ritual; ninguna vez como prenda de abrigo.

21.—También es un traje cortado sin consultar las dimensiones del que ha de usarlo: está hecho a la medida del que lo cortó, que suele ser un adfesio.

22.—La gente debe saber que su admiración no te hace falta.

23.—Que de tanto esforzarla para dominar el estruendo de los aplausos o las injurias, tu conciencia no pierda la voz.

24.—Los hombres superiores no ensayan posturas: obligan a las medianías que les siguen de cerca o de lejos, a bailar al son que ellos tocan.

25.—Los verdaderos exponentes de un ideal, — que son los internamente organizados y externamente equilibrados para la realización del ideal ese, — labraron su reputación definitiva y salvaron al ideal, poniendo a los desencantados y los desertores entre los muertos y los idos.

26.—El que cuenta los que se van se hace esclavo de los que quedan y da la razón a los que se van.

27.—Cuando la ausencia de alguien produce un vacío en tu ser y una desviación en tus ideas, es porque tú no eras tú, sino el que se fué, y porque no pensabas con tus sesos, sino con los del ausente: no me vengas, entonces, con la música de tus excelencias.

28.—Si eres de los que enferman en el silencio del olvido, de los que arrincona la malquerencia general, de los que mata la ingratitud, nada se habrá perdido con tu defunción.

29.—El que quiera sobrenadar en el tiempo, a pesar de los siglos, ha de sobrenadar en la vida, a pesar de todo y de todos: la posteridad tiene presente la fisonomía de los vencedores y de los vencidos; pero a los que se quedaron a la vera del redondel apenas los imagina.

30.—A fuerza de producir desencantos se suele llegar a ser encantador.

31.—La humanidad es harina viviente que quiere ser amasada: hazla pan.

32.—Los realmente grandes lo son por comparación con el nivel humano, como las montañas con el nivel del mal; pero no por confrontación recíproca como las aves de corral.

33.—Aquel que procede por emulación, — que es un eufemismo escolar de la envidia, — que vaya a hablar de su grandeza en los mentideros subalternos de la ciudad, o en la trasbotica de la farmacia de su aldea: nadie tan insignificante que no signifique algo para alguien.

34.—Los cerebros excesivos no estimulan a los otros cerebros: los asombran y hasta los aplastan.

35.—Muy pocos dicen: “quiero ser como Dante”; pero todos exclaman: “¡quién fuera co-

mo Dante, como Shakespeare, como Sarmiento!”.

36.—No se quiere sinceramente, valerosamente, sino aquello que de alguna manera se podría: por esa razón fundamental “querer es poder”.

37.—La envidia es planta de clima benigno: no prospera ni en las cumbres, ni en los polos, ni en los arenales tórridos. Es dolencia de escolares, de marquesas, de chulas, de soldados, de frailes: se desarrolla en las escuelas, en los conventos, en los salones, en los mercados, en los cuarteles, en las capillas literarias, en las redacciones de diario. Se enferman del mal de la envidia, en el trajín de la lucha, las almas mediocres, — las que no son ni sal ni azúcar, — con motivo de los triunfos de otras almas también mediocres, también insípidas.

38.—Para el envidioso, el mérito ajeno es lo de menos: le sobresalta y enardece la buena suerte de sus congéneres.

39.—La envidia es una protesta casi siempre justa, hasta cierto punto justa; porque hay injusticia y hay crueldad en llamar a diez mil para elegir a uno solo.

40.—Como caben en el juez los delitos y has-

ta los crímenes que son objeto de su sentencia, caben en el envidioso las cosas envidiadas: ninguno tan necio que envidie a las estrellas.

41.—Cuando la mujer dice que quisiera ser hombre, quisiera ser hombre para ser mujer más cómodamente.

42.—Los méritos que suele desenvolver la emulación duran lo que la presencia del mérito ajeno que los estimuló: se van con su originador casi tan rápidamente como las imágenes de un espejo; se deshacen al otro día como los rizos hechos a fuego en las crines de una india; son rosas de trapo impregnadas en esencia de rosas verdaderas.

43.—Los maestros, los primaciales, en cualquier género de oficios, no envidian a nadie, por una razón de hecho: no ven ni ansían ver la obra de nadie.

44.—Siendo la envidia una pasión secundaria, propia de secundarios, que lanza su dardo sobre secundarios, todo aquel que se declara víctima de sus envidiosos, rubrica él mismo su diploma de inferioridad.

45.—Tú serás grande, — positiva, categóricamente grande, — cuando seas como el mar, como el sol, como una noche estrellada, que no des-

piertan nada más que admiración: hasta ese lejánísimo día no consentas coronaciones ni actos triunfales.

46.—Victor Hugo disimuló, o disculpó su ceguera de gran artífice, distribuyendo al azar calificaciones ponderativas.

47.—No ver, o no querer ver la obra de los demás no es la manifestación tácita de un gallardo egotismo: es tener el alma orientada hacia otro rumbo, nada más.

48.—Los que han llegado a cierto nivel de la consideración pública tienen el deber de la insensibilidad epidérmica, como los grandes paquidermos; dije mal: no tienen el deber, han adquirido la segunda naturaleza.

49.—Nunca descendas a la lamentación, que es la más comprometedora de las confidencias.

50.—El dolor de los gloriosos no tiene cura, no debe tener cura. No ha menester, entonces, de la farmacopea consolatoria de los velorios, que encoleriza a los incurables y a los inconsolables.

51.—Favorecerás a todo el mundo, ampliamente, magnánimamente, dejando a tus favorecidos la tarea de informar sobre los orígenes de su infortunio; porque la desgracia, a la inversa

de los ríos y a pesar de que, como ellos, es fecunda en bellezas, suele venir de manantiales tan sucios que invitan al repudio y al castigo más que a la piedad. Pero que tus favorecidos no se conviertan en tus favoritos.

52.—Vigilarás como a malas bestias dañinas, a tus parciales, tus auxiliares y tus familiares: no te acontezca lo que al hijo de Dios, cuya clericia baja y alta la comercia y cuyos pontífices le substituyeron hace siglos.

53.—La expectación pública es una maroma por la que ha de marcharse con los ojos clavados en un solo punto, sin consultar pareceres.

54.—Los pueblos no pueden pasarse sin ídolos; pero tampoco pueden pasarse sin devorarlos.

55.—Los pueblos necesitan creer, del prócer que admiran, que nació para ser admirable hasta durmiendo, como al escuchar a los grandes cantantes se siente la impresión de que nacieron para cantar a todas horas.

56.—Necesitan los pueblos creer en tipos humanos prodigiosos; porque los tipos esos, aun irreales, dignifican, idealizan a la especie: imaginarlos ya es mejorarse, como respetar la virtud ajena ya es una virtud.

57.—Con el mismo furor con que los pueblos

acumulan perfecciones sobre las pequeñas lindes de sus predilectos, amontonan monstruosidades sobre los pequeños defectos de los que cayeron en su desamor.

58.—Los pueblos, gracias a Dios, aceptan muchas cosas reconfortadoras, — la conciencia, el albedrío, el remordimiento, el arrepentimiento, la responsabilidad, el deber, — y premian o castigan como en el juicio final, sin consultar a los psiquiatras.

59.—Cuando los pueblos hayan perdido la ilusión de lo admirable, se doblarán hasta las cuatro patas: la generalidad marcha en dos, nada más que por no deshonrar los modelos que ella misma se forjó, nada más que por no desmentirse.

60.—El alma de los pueblos es un misterio cuya dirección corresponde a la Providencia: aquel que se vale de artificios protocolares y de perspectivas, para mantener la ilusión de una excelsitud de que realmente carece, no pasa de un prestidigitador.

61.—Cuando Napoleón tomó maestro de baile y ademanes clásicos, a fin de imponer su grandeza por los ojos, dejó de ser grande; pero no por lo que aprendió a bailar y a moverse majestuosamente, sino por el propósito inconfesable por lo

subalterno con que ensayó aquel aprendizaje. Se puso en la línea sainetesca de "Monsieur Jourdain", rindió vasallaje al espectro galoneado de la vieja corte y ofició de malabarista.

62.—Todavía más: cuando Napoleón tomó profesor de rigodones y de genuflexias soberanas, reveló su deseo de dominar, — que lo tienen hasta las mujeres, — y negó su naturaleza de dominador, — que no la tienen más que los providenciales.

63.—Las pequeñas vilezas, los pequeños manejos, no los magnificaría ni Jesucristo, aunque Jesucristo resucitase y las usara.

64.—Que las minucias canallescas de que no está libre ningún espíritu, te sean tan inútiles como el vello de tus brazos: que pase con ellas lo que con el plumaje de los canarios, del que nadie podría afirmar con exactitud para qué fin es amarillo.

65.—Tú repartirás justicia entre tu pueblo, sencillamente sentado a la sombra de una encina, como San Luis. Y tu pueblo, — "que sueña prodigios y ansía verlos realizados" y "es harina viviente que anhela ser amasada", — alguna vez terminará por apellidar "el grande" y "el santo" a quien así le sugirió la verdadera grandeza y la verdadera santidad.

66.—Los pueblos están hechos de tal manera que cuanto mal y cuanto bien se afirme de ellos, ni es calumnia ni es laudatoria.

67.—El procedimiento más eficaz para la extirpación de la idolatría, es negarse rotundamente a dragonear de ídolo.

68.—El dolor para los débiles suele ser una puerta que se cierra y para los fuertes una puerta que se abre.

69.—A veces un gran destino está dormido y viene el dolor y le despierta.

70.—Que todos tus pasos en la carrera de la notoriedad sean tan personales como el primero que te introdujo en ella.

71.—No midas el sufrimiento de las personas por las lamentaciones que les origina; hay gente que habla de suicidarse con los motivos más cómicos.

72.—Tan indigno del hombre es fingir penurias como averiguar si son ciertas.

73.—De diez personas que baten tu llamador, pálidas y llorosas, la cuarta parte se han lavado la cara con vinagre y se ha untado los ojos con zumo de cebollas; pero que toda lágrima te mueva a su consolación.

74.—Toda verdad, o belleza, o bondad en marcha, deben ser ciegas y sordas; son ciegas y sordas como una piedra en el aire.

75.—Los realmente notorios y esclarecidos fabrican a su sabor el ambiente que necesitan y se introducen en el alma de sus contemporáneos como el agua de añil en un pañuelo de batista: si no son así, no son.

76.—Todo lo que anda aplasta alguna cosa y todo lo que crece desafía al rayo.

77.—La caña, con ser loca y hueca, nunca dejó de crecer por temor a la tempestad: crece, a pesar del rayo, dentro de sus medios de ascensión.

78.—Jesús, con ser manso y bueno como un cordero, pisó en el corazón de su propia madre, al echarse a andar.

79.—El odio excesivo suele ser la ceniza de una admiración excesiva.

80.—Aquellos que te aman hasta la adulación, que es una vileza, te odiarán hasta la calumnia, que también es otra vileza.

Una combinación que le conviene

Envíenos Vd. **5 \$** m/n. en giro postal a nombre de **Leonardo Glusberg**, MORENO 1167, Buenos Aires y le suscribiremos, a partir de los números que nos indique: a 12 cuadernos de "AMERICA"; 12 ejemplares de la revista "BABEL" y 12 de la publicación
===== "LOS CUENTOS". =====

Con lo que Vd. ahorrará el 20 % del importe total

Si es Vd. suscriptor de cualquiera de estas revistas, remita solamente lo que
===== falta para completar los **5 \$**. =====

COLECCIONES

ENCUADERNADAS

== EN TELA ==

Vendemos a \$ **5** m/n.
con el **20** % de descuento a los suscriptores o a las personas que se suscriban al hacernos los pedidos.

== o == o ==

Solamente durante los meses de Julio y Agosto

Poetas Argentinos	Antología de	(1.ª parte
"	la Primavera	(2.ª parte
Roberto F. Giusti	Anatole France II Edición	
Enrique José Varona .	Con el eslabón	
Martiniano Leguizamón	Tradiciones del Pago	
Delfina B. de Gálvez..	Poesías	
Luis María Jordán	El Príncipe Mamboretá	

* Agotados.

Año III ===== **Tomo IV**

Juan B. Justo	Ideas sobre Historia
Benito Lynch	El pozo
Rubén Darío	Páginas Olvidadas
Emilio Berisso	Reminiscencias
Pedro Prado	Las Copas
Almafuerte	Evangélicas

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN

En la Argentina	{	Por un año	\$ 5.00 m/n.
		„ seis meses	„ 2.50 „
		Número suelto, 0.20 en la capital.	
		„ „ 0.25 en el interior.	
En el exterior..	{	Por un año	\$ oro 2.50
		„ seis meses	„ „ 1.30
		Número suelto	„ „ 0.15

LEA VD. =====

LOS CUENTOS

Antología quincenal de los mejores Poetas y Cuentistas



PRECIO: 0.10 CENTAVOS

Compre Vd.

BABEL

Revista de Arte y Crítica



Precio: 0.20 centavos



Arg. ~~V A. 40~~

BAE 2. PAL 20/1

